

y otros que habían proclamado en 1852 el plan de Jalisco, llamado del Hospicio.

Riva Palacio se consagró desde luego, y en los días de nuestra permanencia en aquella ciudad, á la reorganización del Distrito, y los agentes fiscales se ocuparon en cobrar las contribuciones.

Durante nuestra corta permanencia en Puruándiro llegó el día 16 de Octubre. Alguien recordó que era el aniversario del nacimiento del General; en la mañana fueron á saludarlo las bandas de los cuerpos y al medio día se improvisó un banquete en que reinaron el entusiasmo y la cordialidad.

Como los exploradores volvían sin dar noticias del enemigo, pues parecía que Méndez y el General Arteaga se habían perdido, Riva Palacio creyó que podía intentar un ataque sobre Pátzcuaro. Al efecto salimos de Puruándiro al amanecer del día 17; atravesamos el extenso llano del *Cutro*, y al comenzar la tarde íbamos por la hacienda de San Isidro, cuando ví á un indio de Paracho que se acercó al General y le entregó un papelito. Aquel correo iba enviado por D. Luis Díaz, y se dirigió á hablarme. Riva Palacio me alargó entonces el pequeño billete que decía:

“Ha llegado un arriero formal, y como cosa segura ha dicho que han derrotado á Arteaga en Santa Ana Amatlán, sorprendiéndolo; que la fuerza andaba buscando que comer, estando en la plaza todas las armas en pabellón; que no tenían exploradores: también dice que han tomado prisioneros al General Arteaga, á Jesús mi hermano y á otros dos jefes; que Salazar se salvó con cerca de trescientos caballos. Los dispersos están llegando á Paracho, donde está un Comandante recogiendo los.—S. S.—*Luis Díaz.*”

La noticia produjo en nosotros una impresión que no sé describir. Como si aquel billete hubiera sido leído por todos, varios de los jefes de la división se acercaron al General, hablando de la derrota y de la prisión de Arteaga, y sólo preguntaban dónde había sido, qué día, quiénes eran los demás prisioneros. Ya no era posible pensar en el ataque á Pátzcuaro, y por lo tanto, cambiando de ruta, nos dirigimos á Coeneo. El sol estaba próximo á ocultarse; soplabá un viento frío,

la tropa, que había adivinado la fatal noticia, aligeraba el paso. Soldados y jefes guardaban profundo silencio: no había otro asunto de conversación que el desastre, y era mejor no hablar.....

Poco á poco fué desapareciendo la luz amarillenta del astro del día, y cuando llegamos á Coeneo había anochecido: gruesos nubarrones hacían más densa la obscuridad. Nosotros nos alojamos en la espaciosa casa de D. Antonio Huerta. La mayor parte de la noche estuvo ocupado Riva Palacio en librar órdenes á las varias partidas que había en distintos puntos del Estado. Se enviaron cartas á Régules, al Coronel Leonardo Valdés, á Salazar, á quien se creía reorganizando los restos del ejército.

Al día siguiente atravesamos el pueblo de Acuitzio y seguimos en la noche la marcha que fué fatigosa y que favoreció la deserción de algunos soldados. El 20, después de pasar por el pueblo de Tecario, á las doce del día entramos en Tacámbaro, en medio de numerosos grupos de vecinos que nos recibían con la tristeza pintada en el semblante, pues ya la noticia de la sorpresa de Amatlán había llegado á su conocimiento.

Nuestros jefes se ocuparon desde luego en levantar la moral del soldado y en reunir elementos de guerra: cada derrota era para ellos como combustible que se echaba á la llama del patriotismo.

Todos nos hacíamos ilusiones de que los prisioneros no serían fusilados, puesto que la ley de 3 de Octubre no podía ser conocida de ellos ni de Méndez al verificarse la sorpresa de Santa Ana Amatlán.

El 21 se tuvo conocimiento de la magnitud y detalles del desastre, y en la noche del 22, el general Riva Palacio recibió de Uruapan la noticia de las ejecuciones!

Al día siguiente amaneció reinando el pánico en la ciudad de Tacámbaro. La tropa y los vecinos se entregaron al duelo. En algunas conversaciones se oían éstas ó semejantes palabras: “Y ahora ¿qué vamos á hacer? ¿Habrás quien piense en continuar la lucha?”

Poco á poco, sin embargo, el deseo de venganza fué sobreponiéndose al temor, y comenzaron á circular rumores de que era preciso ejercer las represalias en los prisioneros que había en Zirándaro.

Aquella situación amenazaba convertirse en espantosa anarquía. Habiendo desaparecido Arteaga, ¿quién debería ser el General en jefe del ejército? ¿Régules ó el General Riva Palacio? ¿No sería mejor que cada jefe de cuerpo continuara la campaña por su cuenta? ¿Quién había de hacer el nuevo nombramiento, si el Presidente Juárez había abandonado el territorio, según aseveraban los documentos oficiales del imperio? Esto se decía en la oficialidad y en los corrillos de los paisanos.

En la tarde los Coroneles Arias y Ronda citaron una junta de guerra, á que asistieron todos los jefes de la división, y unánimes aclamaron como General en jefe del Ejército del Centro al General Riva Palacio, porque aunque no era el General más antiguo, ejercía el encargo de Gobernador y Comandante militar del Estado, y además era el más apto por sus talentos, por su ilustración y por su acertada actividad en aquellas tan difíciles circunstancias. Invitado Riva Palacio á pasar á la junta aceptó el encargo provisionalmente, manifestando que el nombramiento debía proceder del Presidente de la República. Habló en seguida á los que allí estaban reunidos, exponiendo que todos sabían la existencia de la reciente ley de 3 del mes en curso que condenaba á muerte á cuantos perteneciesen á bandas ó reuniones armadas, con ó sin pretexto político, los cuales deberían ser juzgados sumariamente sin recurso ulterior; que la misma ley otorgaba amplia amnistía á los que se presentaran al Imperio antes del 15 de Noviembre, y que él dejaba en libertad á sus subalternos para que obrasen como mejor les pareciera, no debiéndoles ocultar que si permanecían en el ejército liberal se expondrían á una muerte casi segura en los patíbulos ó en los campos de batalla, puesto que en aquellos momentos el único medio de contrarrestar la excesiva superioridad numérica del enemigo, más que nunca provisto de elementos de guerra y contando con el terror que la ley infundía á las poblaciones, era ejer-

cer las represalias y emprender una campaña activa y sin descanso en incesantes excursiones, y haciendo sentir en todo el Estado los trabajos de la administración civil y militar.

Estas palabras, lejos de desanimar á los presentes, les infundieron entusiasmo, y es bien sabido que ninguno de nuestros patriotas se acogió á la amnistía. El discurso del General fué estrepitosamente aplaudido, y me acuerdo que los jefes y oficiales presentes se dirigieron á él para estrecharle la mano: en seguida se formaron corrillos, se hablaba con calor, se fraguaban grandes proyectos y se pensaba en levantar numerosas guerrillas que llenaran el territorio de Michoacán.

Sugestionado el General por aquel entusiasmo de los jefes y de la multitud de oficiales, tuvo un momento de debilidad y mandó expedir la orden, que se pedía á gritos, para que fuesen pasados por las armas los prisioneros de Zirándaro; pero se repuso, y en una alocución digna y severa manifestó que, teniendo el enemigo en su poder á muchos de nuestros hermanos de armas, era preciso obrar con prudencia y conforme á las circunstancias.

Disuelta la reunión, el Cuartel general comenzó desde luego á dictar diversas disposiciones.

La primera de ellas fué librada al Coronel Leonardo Valdés, Prefecto y Comandante militar de Huetamo para que vigilara á los prisioneros, y sobre todo para que impidiese fueran objeto de ultrajes por parte de nuestros soldados.

A partir de esta época la guerra en Michoacán adquirió un carácter de actividad, de operaciones rápidas, de actos solemnes, de grandes hechos de armas, de ingente vitalidad, como lo vamos á ver en los siguientes capítulos.

Los fusilamientos de Uruapan no hicieron más que avivar el fuego del patriotismo.

La reorganización era más difícil de lo que á primera vista parecía. En Santa Ana Amatlán se había perdido la mayor parte del ejército: los principales jefes desaparecieron en el caldoso; otros, y un gran número de oficiales estaban prisioneros, los soldados habían huido en completa dispersión, el armamento quedó en poder de los traidores. La noticia de este

suceso, abultada como era natural, produjo honda y funesta sensación en el Estado.

El Imperio cuidó de circular profusamente la ley de 3 de Octubre, enviando ejemplares hasta las más insignificantes rancherías, lo que dió por resultado que muchos de los vecinos de los pueblos y de los ranchos, unos por miedo, otros por egoísmo y algunos por sus opiniones políticas en favor del gobierno intruso, se rehusaban á pagar los impuestos al Gobierno legítimo, á facilitar exploradores y á comunicar la menor noticia que pudiese interesar á los republicanos. No faltaron sin embargo quienes arrostrarán los peligros, y continuaran en su patriotismo y decisión, alentando la opinión pública.

Entretanto iban incorporándose en Tacámbaro los sargentos de la caballería é infantería que había marchado con Artega. Así sucedía siempre después de nuestras frecuentes derrotas. Cada jefe, cada oficial, cada sargento, al marchar al punto de reunión que sabían de antemano ó que adivinaban, iban recogiendo en el camino los dispersos, y reclutando á algunos indios ó rancheros que lograban rescatarse por medio de fusiles, de caballos, de monturas, etc. ¿Dónde y cómo conseguían todo esto los cogidos de leva? Si hubiéramos de creer á los partes oficiales que los jefes imperialistas daban de sus repetidos triunfos *completos* en que todo el armamento de las *chusmas* disidentes había quedado en su poder, fuerza sería convenir en que el ejército del Centro había tenido en Michoacán más de trescientos mil fusiles, más de cincuenta mil mosquetes y más de cien mil caballos! Hágase la suma, teniendo á la vista los periódicos del Imperio, y puede suceder que en nuestro cálculo hayamos andado cortos. ¡Qué inmenso botín para el gobierno de S. M. el *Emperador!* Pero la verdad es que nuestros elementos materiales de guerra no llegaron nunca á más de tres mil fusiles, de quinientos mosquetes, de mil quinientos caballos y de dos mil lanzas. Jamás el ejército del Centro podía contar con los auxilios del Gobierno general, ni poseía ningún puerto por donde pudiera introducir armas del extranjero.

¿Cómo se verificaba, pues, el milagro de la reproducción

de nuestro ejército y de la multiplicación de las armas? Lo hemos indicado: el primer esfuerzo de nuestros jefes, oficiales y sargentos, después de cada derrota en que todo se perdía, era reunir dispersos y coger leva de reclutas, que eran canjeados por elementos de guerra, sobre todo por fusiles y mosquetes. Ahora bien, sépalo la historia, la mayor parte de estos objetos procedían del enemigo que traficaba con ellos! ¡Hé aquí la lealtad de muchos de los defensores del Imperio! En obsequio de la verdad, fuerza es decir que los franceses dieron ejemplo de hacer este contrabando de guerra.

Tal era el estado de las cosas, después de la sorpresa de Santa Ana Amatlán. Por aquellos días, el activo y valeroso General Régules se encontraba enfermo, y Riva Palacio carecía, en consecuencia, del concurso eficaz de aquel jefe.

La tropa con que acababa de recorrer el Estado no excedía de novecientos hombres, contándose entre ellos los soldados de Arias, de Garnica, Ronda y Domenzain. La fuerza del Coronel Ignacio Zepeda, perdida en el Sur de Jalisco, quedó enteramente córtada y no se tenían noticias de ella. El General Pérez Hernández, un extranjero, cubano ó americano del Sur, con una partida que no llegaba á cien hombres, más que ayudar á la causa le era contraproducente, por las onerosas é innecesarias exacciones que hacía en los pueblos. En el distrito de Ario, el Coronel Hilario Servín tenía un escuadrón que no llegaba á ochenta plazas; el Coronel Francisco Limón organizaba una pequeña fuerza de infantes y un piquete de caballería con un total de doscientos hombres, y en Tancítaro reunía dispersos el desgraciado Julián Solano, á quien se atribuía complicidad en la traición de Tapia, lo que evidentemente era una de esas calumnias que toman cuerpo sin que haya poder humano que lo pueda remediar. En Zitácuaro la guardia nacional del distrito y la tropa del Coronel Carlos Castillo se componían á lo sumo de trescientos hombres. Quedaban las pequeñas guerrillas de Vicente Solorio y de Nieves Sosa. En Huetamo estaba como siempre, en asamblea, la guardia nacional. En suma, el ejército del Centro, sin cohesión, decaída la moral y sin municiones de guerra, apenas si llegaba á mil quinientos hombres en toda

la extensión del territorio de Michoacán. Y sin embargo, había que levantar el espíritu público, para lo cual era preciso enviar por todas partes diversas columnas expedicionarias; había que esperar á que el armamento perdido volviese á nuestro poder; había que construir parque, vestuario y equipo.

Tal fué la tarea que por aquel entonces correspondía exclusivamente al General Riva Palacio. Desde luego la aceptó y dedicó sus inteligentes y activos esfuerzos á llevarla á cabo.

Por su parte, habiendo dejado Méndez en Pátzcuaro á los prisioneros de Amatlán, marchó á Morelia á recibir ovaciones y su banda de General efectivo de brigada; pero arrastrado por su instinto y por lo que él llamaba su deber, hizo desde luego rápidas correrías, queriendo sorprender á nuestras tropas; ocupó dos veces á Tacámbaro, y cayó otra inopinadamente sobre Ario, sin lograr su objeto de sorprender á los chinacos. Sólo en Cruz de Caminos pudo dar alcance á la guérrilla de Solorio, destrozándola por completo; y no pudiendo hacer prisionero á ninguno de los dispersos, se apoderó de siete rancheros pacíficos y los fusiló sin concederles *los honores* de un proceso, siquiera fuese éste tan sumario como lo prevenía la ley de 3 de Octubre. En esa misma expedición trató de atraer á Ronda hasta un punto conveniente para batirlo con éxito; pero aquel astuto guerrillero, que era también un experto militar, tomó posiciones en la serranía del rancho de Tererio, logrando imponerse al enemigo, que se retiró á la vista de la tropa republicana.

Este hecho, por insignificante que parezca, levantó el espíritu de nuestros soldados.

El General Riva Palacio, unas veces en Tacámbaro, otras en Turicato y otras en Huetamo, no cesaba de dictar disposiciones para poner en alta fuerza el ejército. Arias, Garnica y Ronda recibieron orden de marchar al interior del Estado, á fin de reorganizar la administración pública y aumentar el efectivo de sus fuerzas. Hacían lo mismo Servín en Ario y Limón en Taretan. Los de Zitácnaro, con su entusiasmo de siempre, veían ir engruesándose sus tropas. En Huetamo el Coronel Valdés, resuelto ya á salir de su inacción, multipli-



GENERAL VICENTE RIVAPALACIO.

Retrato hecho por Manuel Ocaranza en los días de la campaña. (1865)

caba sus correos, llamando de remotos ranchos á sus guardias nacionales y acuartelándolos para tenerlos listos.

El General Régules, restablecido de sus males, á fines de Noviembre recibió el mando de una división de mil quinientos hombres. Con su actividad incomparable emprendió aquel jefe una de sus expediciones en que, ora cansando al enemigo, ora atacando sus plazas, ora presentando batalla formal, ponía en alarma á todo el ejército imperialista que operaba en Michoacán. El día 28 salió de Tacámbaro, pasó por Santa Clara y fué á pernoctar en Pichátaro: el 29 estaba en Bellas Fuentes, el 30 en Huango; el 1º de Diciembre, pasando á inmediaciones de Morelia, se hallaba en San Bartolo; el 2 en Irapeo, el 3 en Coapa. Quienes conozcan el terreno recorrido, no podrán menos que admirarse de la rapidez de esta marcha. Desde el primer día el General Régules era perseguido por Méndez; en el llano del Cuatro fué inminente el combate; pero nuestras tropas lo esquivaron por carecer de parque y ser los soldados enteramente bisoños. Estaban á la vista ambas fuerzas; repentinamente el general Régules hizo un movimiento de retirada, y cuando Méndez trató de alcanzarlo, nuestra tropa sin llevar camino ni vereda, se le perdió, no dejando huella alguna de su derrotero: cuando supo que se hallaba en Huango, saliendo Méndez de Puruándiro forzó el paso de sus soldados, pero no logró dar alcance al General Régules que, rodeando á Morelia, iba ya por Irapeo, en tanto que su adversario llegaba á aquella ciudad con sólo la caballería, pues sus batallones quedaban cansados en el camino. Al mismo tiempo una columna de franceses, procedente de Acámbaro, emprendía también la persecución de los republicanos, mas de nuevo Régules se les desapareció por Coapan. Franceses y traidores lograban divisar á lo lejos la división, y en la primera sinuosidad del terreno se les hacía invisible y no volvía á aparecer á sus ojos. Los soldados extranjeros se disculpaban con su ignorancia de la localidad, y Méndez, jactándose siempre de ser conocedor del terreno, se desesperaba de quedar burlado, de diez veces nueve. En la otra era cuando nuestras fuerzas creían oportuno presentar batalla, cualquiera que fuese el éxito, ó bien cuando el alcance era

inevitable por circunstancias que no se podían prever. En aquella famosa expedición de que acabo de hablar, cuando Régules se les perdió á los franceses en Coapan, sucedió un episodio que todavía se refiere, entre risas, por nuestros soldados, y con interés en los pueblos de Michoacán, en donde ha quedado como tradición. Es el caso que habiendo salido Régules de Coapan el 4 de Diciembre, llegó á Quiroga como á las once del día. La tropa estaba rendida de cansancio por tantos días de marcha, y el General creyó necesario dejarla descansar siquiera el resto del día y durante la noche, ya que por fortuna se hallaban en un pueblo amigo. A las nueve recibió aviso Régules de que las fuerzas de la brigada Méndez se habían dado cita para reunirse en aquel lugar, es decir, la infantería que se había quedado rezagada por Huango, y la caballería que había llegado á Morelia, y que habiendo salido de esta plaza el día 3, estaba en Pátzcuaro. Serían las once de la noche cuando los exploradores avisaron que por los caminos de Huaniqueo y Pátzcuaro se aproximaban fuerzas del Imperio. Méndez había adivinado aquella vez el movimiento de su contrario, y pensaba haberlo ya cogido en su combinación. Con este objeto sacó de Pátzcuaro, además de la caballería de Santa Cruz, un batallón, y con esta tropa salió á las siete de la noche de dicha ciudad, sabedor de que Régules estaba en Quiroga y con la seguridad de que la infantería imperialista al mando del Coronel Farquet, llegaría á aquella villa á la misma hora que él. Pero la división republicana emprendió su marcha á las doce de la misma noche, y por orden del General en jefe, los exploradores permanecieron un rato más en la villa, echando combustible á las fogatas que había en la plaza y en las calles frente á los cuarteles. Un cuarto de hora después, desde las alturas que dominan la población por el Norte, se arrojaron dos cañonazos sobre la plaza, disparados por los traidores que penetraban á paso de carga en la población. Eran las dos columnas de que he hablado, y que avanzaban, una por el centro de la villa con la artillería, y la otra por las alturas que la dominan por el Oriente: ambas fuerzas se encontraron en el puente del Abasto, lugar estrecho y que es la única salida hacia el Sur, y allí se

estuvieron batiendo encarnizadamente por espacio de una hora, hasta que lograron reconocerse, juzgando entonces de las grandes pérdidas que habían sufrido en muertos, heridos y dispersos. Entretanto la división Régules oía desde la hacienda de Corrales el vivo tiroteo con que se batían entre sí las dos columnas enemigas. Es fama que Méndez, lleno de despecho, ordenó á los suyos que jamás hablasen de los sucesos de aquella noche.

Al día siguiente, el General Régules tomaba el rumbo de Tacámbaro, y desviando su marcha en Santa Clara, llegó á Uruapan el día 7 del mismo mes de Diciembre.

Hay que advertir que los pueblos, pasado el pánico que momentáneamente les produjo la ley de 3 de Octubre, ayudaban como antes á nuestras tropas con una cooperación moral muy eficaz: en todos los lugares no ocupados por guarniciones imperialistas funcionaban regularmente las autoridades municipales y del orden judicial, establecidas por la República; allí entraban partidas de nuestros soldados, aunque fuesen pequeñas, en tanto que el enemigo no se atrevía á desprender á larga distancia una guerrilla suya, porque de seguro era batida y destrozada. Las fuerzas del Imperio tenían que expedicionar en gruesas columnas, é iban provistas en abundancia de toda clase de elementos de guerra. Nuestros correos transitaban por todas partes sin ocultar su comisión; los del enemigo guardaban un riguroso incógnito, y sin embargo eran sorprendidos en algunas ocasiones. Refiero todo esto para que se sepa cómo el Imperio no contó con la opinión pública en Michoacán, y para que se vea que esta actitud de las poblaciones se debía al patriotismo y al valor de los michoacanos, ya anduviesen en el ejército, ya fuesen simples paisanos. Recuerdo bien que cuando se tenía noticia de alguna derrota de nuestras tropas, se oía por todas partes decir: "¡México perdiendo gana; si no es hoy será mañana!" Congente que tenía tanta fe en su causa, no era dudosa la victoria!

El 26 de Octubre, el Capitán Olmos, con una partida de chinacos, batió en Tres Mezquites una fuerza imperialista

mandada por el Comandante Varela, de Guanajuato, la destrozó por completo y ahorcó á su jefe, poniendo á los pies del cadáver un letrero que decía: "Ley de 3 de Octubre."

El mes de Noviembre no pasó sin lucha. El día 10 tuvieron un encuentro en Cuitzeo los imperialistas Reyes y Aguilar con el republicano Páramo, que pereció en la pelea, quedando derrotada su guerrilla. En Villachuato el mismo día 10 el Comandante Manuel García dió alcance á la partida que mandaba Verduzco, uno de nuestros guerrilleros, lo derrotó y le cogió dos hombres que fueron fusilados en el acto. El día 28 fué sorprendido en Indaparapeo el comisionado de hacienda Ramón Cortés. Con la pequeña escolta que lo acompañaba se batió heroicamente, pero la suerte le fué adversa, y habiendo caído prisionero fué fusilado á los dos días en la plazuela del Carmen de Morelia. El 12 de Diciembre, Acevedo derrotaba en el Montecillo, rumbo de Zitácuaro, al imperialista Estrada, haciéndole seis muertos y tomándole muchas armas y caballos.

Antes de seguir la marcha del General Régules no estará por demás repetir que el General Riva Palacio no descansaba en sus tareas. Las fuerzas iban aumentando considerablemente, y por aquellos días regresó de Jalisco la brigada que mandaba el Coronel Zepeda. Desgraciada fué su excursión por aquel rumbo, y después de algunos combates y de muchas penalidades, llegó reducida y sin parque á Uruapan el 11 de Noviembre. Zepeda era un jefe valeroso, activo é inteligente, y si nada pudo hacer en Jalisco, fué porque le faltaba la influencia del Cuartel general que no podía alcanzar á tan larga distancia. Pero apenas pisó de nuevo el suelo de Michoacán, su fuerza en un mes excedió de quinientos hombres, que secundaron bien á su jefe.

Dejamos al General Régules pernoctando en Coapan el 4 de Diciembre, burlando á Méndez esa noche en Quiroga; el 6 aparecía por Zacapu; el 12 llegaba á Uruapan, en donde dió tres días de descanso á la división. Las fuerzas imperialistas se movían ávidas de venganza: Méndez había vuelto á salir de Morelia, Pesquera de La Piedad, Velarde de Zamora, y Carriedo avanzaba por Los Reyes.

El General Régules se escapó por Santa Clara, se dirigió rápidamente hacia el Este de Morelia, y el 16 simulaba un ataque á Maravatío, en donde Ronda batió la guerrilla del Ranchero, que había hecho una salida, obligándolo á reconcentrarse en la plaza, después de sufrir grandes pérdidas; el 17 ó 18 atacaba á Angangueo, defendido por 200 hombres al mando de Jesús Isasi, y tomaba la plaza después de cinco horas de fuego; el 26 caía sobre el Real de Temascaltepec, en donde había una guarnición de trescientos infantes: después de una hora de un fuego vivísimo penetró en el *Fortín*, reducto formidable que era la única entrada á la población, teniendo á uno y otro lado del camino barrancas inaccesibles. Tomada aquella posición, los defensores abandonaron la plaza, dispersándose la mayor parte en el alcance que les dió nuestra caballería, quedando en poder de los republicanos armas y prisioneros.

Apenas habían pasado dos meses del desastre de Santa Ana Amatlán, y ya el ejército del Centro contaba con cuatro mil hombres de las tres armas: nuestras tropas se habían batido en Tres Mezquites, Cruz de Caminos, en Tererio, en Cuitzeo, Villachuato, Indaparapeo, Maravatío, el Montecillo, Angangueo y Temascaltepec. El gobierno civil funcionaba regularmente, y aunque con lentitud y escaseces, se fabricaban municiones de guerra.

¿Abrigábamos la esperanza de un triunfo definitivo? Aun no sonaba esa hora para la nación. Lo que nuestro jefe quería era tener elementos para seguir luchando: su ambición, que no pasase una semana sin librar un combate, ni un instante de intermitencia en la llama del patriotismo!